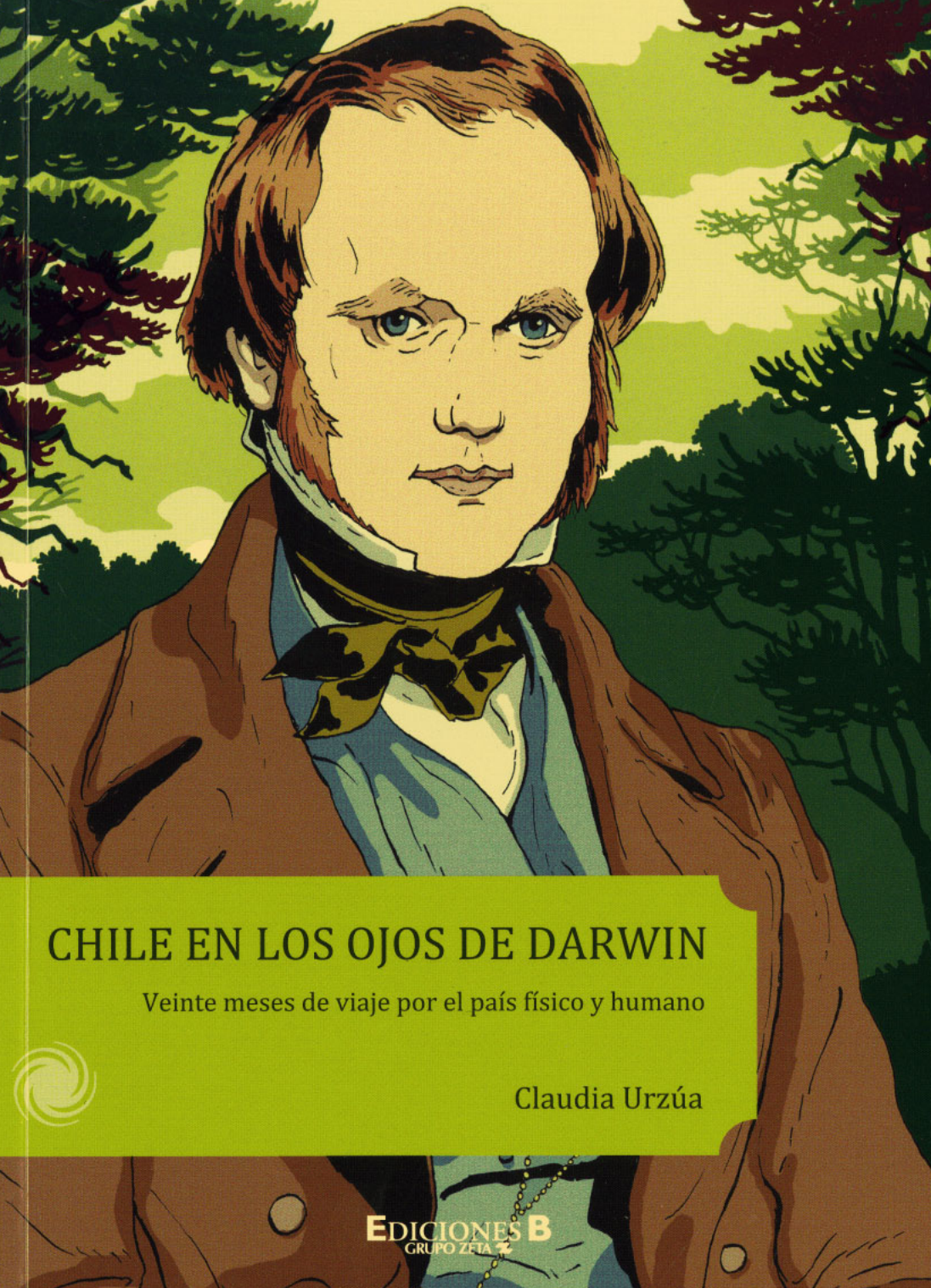




CHILE EN LOS OJOS DE DARWIN

Veinte meses de viaje por el país físico y humano

Claudia Urzúa



EDICIONES B
GRUPO ZETA



V

Viajero con salvoconducto

de la zona, que exige mantener la gente quieta, que los dioses pudieran ver el fuego que, desde la república del año 1900, así se le habían de vigilar, como un buen pastor en falta a Inglaterra. Pero con los rituales de magia, magia y magia lleva más de un año esperando. Y los vapores, consistentes de la zupera inglesa de Hume.

Veintinueve de julio de 1834.

Charles Darwin acaba de retirar del correo de Valparaíso una valiosa encomienda que le dejó ahí el tripulante de una nave inglesa recién llegada al puerto. Se lleva el esperado paquete de vuelta al *Beagle*, anclado en la bahía, donde pasa los días entre clasificación de muestras, escritura de cartas y estudio.

Se encierra un rato con sus tesoros, entre los que hay artículos encargados por él y regalos de su familia. Con la cadena que le ha enviado Catherine y la cajita de lápices de Susan confecciona un práctico collar que se cuelga al cuello de inmediato. La encomienda contiene ochenta libras de parte de su padre, una billetera enviada por su abuela, libros políticos que captan el interés a bordo del *Beagle* y una caja de repuesto de sus fósforos Prometheans. Las cerillas, de las primeras en ser inventadas, le habían servido para cautivar audiencias numerosas en Uruguay y Argentina, debido a su exótico modo de encendido, que exigía morderlas. La gente quedaba tan maravillada de que los dientes pudieran producir fuego que, generalmente, le pedían la repetición del acto. Así, casi se le habían acabado y, con algo de vergüenza, como un niño pillado en falta, tuvo que pedir más a Inglaterra.

Lo que más agradece son los tratados de zoología, geología y geografía ártica por los que lleva más de un año esperando. Y los zapatos. Cuatro pares de bototos resistentes de la zapatería inglesa de Howell. «Son impagables», escribe a su hermana Catherine.

Un poco de vida de ciudad no viene nada mal después de tantos

meses de lucha en climas hostiles. En Valparaíso, adonde llegó hace seis días, se siente como en casa. El puerto está lleno de comerciantes ingleses. Darwin nota que el 75% de las naves atracadas llevan la bandera de su patria. Siempre atento al movimiento portuario, el diario *El Mercurio de Valparaíso*, fundado en septiembre de 1827 por Pedro Félix Vicuña y el tipógrafo estadounidense Thomas Wells, había anunciado la llegada de la «fragata» *Beagle* el 23 de julio.

Ya antes de echar el ancla en la bahía el naturalista se sintió fascinado por la animación del puerto y la vista del ordenamiento urbano. «La ciudad se alza al pie de una cadena de colinas bastante escarpadas y que tienen alrededor de 1.600 pies [480 metros] de altitud. Debido a esta situación, Valparaíso no consiste sino en una larga calle paralela a la costa; pero cada vez que un barranco abre el flanco de las montañas, las casas se amontonan a uno y otro lado», describe.

En las calles de la ciudad, los caballeros visten con la ropa que Darwin usaría de encontrarse en Londres, o en la campiña: levita, botas, sombreros de copa y elegantes bastones.

Puede ser la tranquilidad de llegar a un puerto que le garantiza civilización, el efecto post-traumático del rudo invierno sureño que acaba de pasar, o aun la belleza genuina del paisaje, pero Darwin se inclina a encontrarle a Valparaíso todas las cualidades. «Es una especie de Londres o París, comparado con los lugares que hemos visitado hasta ahora», le comenta por carta a su hermana.

Otros viajeros ingleses habían dejado testimonios mucho más críticos. «La vista que se ofrece al entrar en la bahía de Valparaíso no corresponde de modo alguno al nombre de la ciudad. Los altos cerros de que está rodeada, de los costados sud y del oriente, son casi estériles y parecen inadecuados para el cultivo, sin producir otra cosa que un pasto oscuro y espinoso, al través del cual se diseñan sendas de color rojizo brillante», escribió el marino Richard Longeville Lowell, quien llegó a puerto en la década de 1830.



Una vista del Valparaíso de la época. A la izquierda, una pareja de clase alta, cuya vestimenta europea contrasta con la del huaso que sostiene las riendas de los caballos.

El ingeniero y botánico John Miers también se mostró decepcionado; le pareció que Valparaíso «era lo más triste que se puede concebir. En poco tiempo el lugar se vuelve casi intolerable, puesto que, independientemente de la carencia de sociedad, no existen entretenimientos públicos, ni teatro, ni ninguna biblioteca pública donde se pueda ir a leer revistas o diarios, ni siquiera hay un lugar para ir a pasear, excepto los cansadores y empinados cerros, o las calles angostas y sucias donde, a consecuencia de los frecuentes y violentos vientos sur, se levanta polvo y arena en forma de nubes, para gran molestia de los transeúntes».¹³

¹³ Tanto Longeville (*Campañas y cruceros en el océano Pacífico*) como Miers (*Viajes en Chile y La Plata*) son citados por el historiador Baldomero Estrada en un trabajo sobre la colectividad británica en Valparaíso.

Darwin repara en la escasa vegetación que cubre las colinas y en el tono rojizo que adquieren las quebradas al ponerse el sol, pero su ánimo está dispuesto a la benevolencia. Se acuerda de Tenerife, la primera pausa de su viaje, cuando contempla las casas blanqueadas con cal, algunas de las cuales ostentan balcones de madera.

La vista de las montañas le parece prometedora. Comparado con los riesgos de Tierra del Fuego y el lluvioso archipiélago de Chiloé que acaba de recorrer,¹⁴ se muestra sensible sin negociaciones al encanto fácil del entorno de Valparaíso. Después de varios meses soñando con una chimenea encendida y hasta con el calor del trópico, el clima tibio y alegre del puerto le alegra el alma.



«Vista del pico de Aconcagua, sacada de los altos de Valparaíso»,
del *Atlas* de Gay.

¹⁴ Darwin estuvo en Chiloé entre el 28 de junio y el 13 de julio de 1834, y volvió, para un recorrido más largo, entre el 21 de noviembre de 1834 y el 4 de febrero de 1835.

El atardecer sobre los Andes, especialmente lo que alcanza a divisar del monte Aconcagua, le trae a la mente jornadas agradables con amigos y familiares a los pies del Cader Idris, en sus excursiones en el país de Gales. «Las cordilleras, sin embargo, vistas desde esta perspectiva, deben gran parte de su encanto a la atmósfera a través de la cual son vistas; cuando el sol se pone en el Pacífico es admirable la calidad con que se distingue la línea de sus cumbres, al igual que la variedad y delicadeza de sus colores», escribió en su diario.

Tiene más motivos para estar contento al encontrarse con gente amiga. En el sector El Almendral vive su ex compañero de colegio Richard Henry Corfield, con quien compartió un año de clases en Shrewsbury. Se conocen desde los diez años. Ahora, Corfield es un reconocido comerciante naviero, de brillante vida social y, según observa Darwin, «muy codiciado por las “chileno signoritas”».

El capitán escocés Basil Hall, de visita en la región a fines de 1820, ya había halagado a las mujeres porteñas. Después de manifestar su asco por diversiones como las corridas de toros, Hall alabó el refinamiento de las damas: «... en conocimiento del mundo, sano juicio y en todo lo relativo a modales eran manifiestamente superiores a los hombres». Corfield, por lo tanto, hacía bien en dejarse querer.

Durante días, el comerciante insiste en que su amigo debe dejar el bergantín e instalarse en su casa, con todos sus papeles, animales muertos y colecciones. Hasta que Darwin acepta, a principios de agosto.

La casa que Corfield comparte con otros comerciantes ingleses tiene un patio interior, un pequeño jardín alimentado por un sistema de irrigación artesanal, todas las comidas diarias, dos sirvientes y unos cuatro caballos. Suena como una pensión para extranjeros acomodados. En el mismo sector tiene su quinta el gobernador y futuro ministro Diego Portales.

La vida se le vuelve tan placentera a Darwin que se desconecta del

trabajo por un par de semanas. Es su período de mayor vagancia desde que se embarcó en el *Beagle*, y lo disfruta acompañado por un amigo de su provincia.

Qué más se puede pedir.

El plan de Fitzroy es permanecer dos meses en Valparaíso para que se le haga mantención a la nave y se refresque la tripulación. La gente del *Beagle* baja a tierra. El pintor Conrad Martens se entera de que un colega alemán, Mauricio Rugendas, tiene su taller en el puerto y se acerca a él para presentarse. Comparten varios días de fructífera labor artística.



Dibujo de Mauricio Rugendas.

Martens, muy estimado por Darwin, se había unido al *Beagle* en noviembre de 1833, en Montevideo, tras la desertión de Augustus Earle, el primer pintor contratado para el viaje y quien zarpará desde Plymouth junto a toda la tripulación.¹⁵

¹⁵ Contrariamente a lo que se piensa, Darwin no tuvo nada que ver con la iconografía del viaje en el *Beagle*: era muy malo para dibujar y solo se le daban bien los bocetos geológicos. Primero Earle y después Martens capturaron paisajes y gentes en esos cinco años de viaje, con colaboraciones de Fitzroy y otros tripulantes más dotados para lo artístico.

Darwin se encuentra con algunas personas interesadas en geología y otras ramas de la ciencia. Le preguntan qué piensa de los trabajos de Lyell, a quien él tanto admira. La gente le parece amistosa.

Durante su paso por la ciudad es escoltado por Syms Covington, el grumete y violinista del *Beagle* al que había ofrecido una cantidad cercana a las sesenta libras anuales para que le oficiara de ayudante en terreno. Cuando partió el viaje, Darwin no tenía un sirviente asignado a bordo, pero Fitzroy insistió en que no podía bajar a tierra, y menos internarse a explorar, sin compañía. Así que designó a Covington para que se convirtiera en su sombra útil. Pero al naturalista no le parecía justo extraerlo así nada más de sus obligaciones de marino, sin una paga adicional. Decidió pedirle un suplemento económico a su padre, que para entonces le enviaba unas doscientas libras esterlinas al año. El doctor Darwin accedió a aumentar la «mesada» en beneficio de la comodidad y seguridad de su hijo.

Covington, que anhelaba el trabajo, fue instruido en asuntos como disparar y disecar aves. En la práctica, sigue a su jefe por todas partes.

Darwin considera que el grumete tiene una personalidad extraña. Al principio no lo estima, pero luego se volverá indispensable. La relación profesional y personal que nacerá entre ambos se prolongará varios años después del regreso del *Beagle* a Inglaterra.

Por ahora, en agosto de 1834, lo único negativo que logra encontrarle a estas vacaciones en el sur del mundo es que, ya que está en la ciudad y hace vida de caballero, tiene que afeitarse y vestirse decentemente, y eso lo fastidia. Adiós a la barba de explorador, por ahora, aunque ésta no tardará en crecer.

El invierno que se vive en el puerto juega a favor del descanso. Por más que Darwin anhele penetrar en la cordillera, la gran cantidad de nieve caída convierte cualquier excursión en tarea riesgosa. Pero algo hay que hacer. No puede estarse inactivo por mucho

tiempo y de vida social ya ha tenido bastante. Conversando, se entera de que hay una cumbre cercana, de mediana dificultad, que puede intentar.

Se llama La Campana y está en la Cordillera de la Costa. Hoy es uno de los puntos de atracción de un parque nacional que lleva su nombre. Una placa instalada en 1935 por la Sociedad Científica de Valparaíso y la colonia británica porteña recuerda el paso de Darwin en su camino a la cumbre.

«Mi objetivo es ver los depósitos de conchas recientes que ahora son desenterradas para convertirlas en cal», explica en su diario hablando del cerro. Comienza a planificar una cabalgata, para lo cual se preocupa de comprar un pequeño tropel de animales. Al grupo se suma Conrad Martens, quien rara vez se pierde la oportunidad de acompañarlo en sus expediciones, y Mariano González, un campesino chileno sugerido por Corfield como guía, que lo acompañará posteriormente en sus otros recorridos por el país.

González se presenta en la madrugada del 14 de agosto, abrigado con su poncho. Se ponen en marcha hacia el norte bordeando la costa.

La primera noche duermen en la hacienda Quintero, que había pertenecido a Thomas Cochrane, primer vicealmirante de la Armada de Chile y figura clave en la conquista del Pacífico para las repúblicas nacientes. El audaz y contencioso lord, que había recibido la propiedad en parte de pago por sus servicios al Gobierno de Chile, ya estaba de vuelta en Inglaterra.¹⁶

¹⁶ Las hazañas marítimas de Thomas Cochrane (1775-1860) son la reconocida inspiración del novelista Patrick O'Brien, quien se basó en el primer almirante de la Armada chilena para crear a Jack Aubrey, el protagonista de su saga de novelas sobre las aventuras de un bergantín inglés en el período de las guerras napoleónicas.

Al día siguiente, a más altura, el valle de Quillota se despliega ante sus ojos. Darwin está maravillado, porque el entorno cercano de Valparaíso no le había permitido anticipar un cuadro así de bucólico. Extensos planos con cultivos, cursos de agua corriendo entre ellos, las casitas destartalladas de los campesinos, el verde esmeralda del país acentuado por la humedad proveniente del mar, arman un paisaje como de *patchwork*, con las notas de color provistas por naranjos y olivos cargados con sus frutos, al igual que los pequeños huertos. «Quien fuera que llamó a Valparaíso “valle del Paraíso” debió pensar en Quillota», reflexiona Darwin.

El ascenso a La Campana arranca desde la hacienda de San Isidro, donde el mayordomo les facilita otro guía y caballos de recambio. La expedición va cada vez más armada.

Los caballos se esfuerzan por trepar peñascos en caminos que son apenas una huella. Sin embargo, el paisaje es espléndido: atraviesan bosques de peumos, maitenes y boldos, y Darwin se encuentra con las palmas chilenas a unos 1.300 metros de altura. Después se enterará de la preciosa miel que se extrae de ellas.

El deslumbrante atardecer los sorprende en descanso y contemplación en el manantial Agua de Guanaco, donde deciden pasar la noche antes de acometer la cumbre. Darwin se reencuentra con el gusto de acampar que le hizo amenas tantas noches en Tierra del Fuego: la libertad de ser un hombre joven bajo el cielo estrellado, arriba en la montaña, lejos de todo, con sus compañeros de ruta y sus bestias, reunidos en torno a la fogata. Da lo mismo que no compartan idioma, porque la montaña les dice lo mismo a todos.

«Cuando se hace completamente de noche, encendemos nuestro fuego debajo de una pequeña glorieta de bambúes; asamos nuestro charqui, tomamos nuestro mate y después de eso nos sentimos verdaderamente a gusto. Hay un encanto inexplicable en vivir así a pleno aire. La velada transcurre en perfecta calma; no se oye más

que de vez en cuando el agudo grito de la vizcacha de las montañas o la nota quejumbrosa del chotacabras», anota en su diario.¹⁷

El 17 de agosto logran hacer cumbre durante la mañana. De pie sobre las rocas inmensas, Darwin se da cuenta de que se halla en un observatorio natural en relación con el sistema montañoso de Chile central. Desde esos 1.828 metros de altura lo ve todo: hacia el este, los Andes centrales hasta Rancagua; hacia el oeste, el Pacífico. La atmósfera está tan clara que se divisan hasta los mástiles de los principales barcos, nítidos como varillas negras.

El viaje le confirma lo que ha visto en los mapas y, en términos que con los años llegarían a transformarse en lugar común, describe Chile como una estrecha faja entre mar y cordillera, atravesada por líneas de cumbres paralelas a la formación mayor. Observa los valles transversales conectados entre ellos y extendidos hacia el sur, donde están situadas las principales ciudades de la época: San Felipe, San Fernando y Santiago, la capital. La niebla que cubre los valles le hace pensar en las aguas que alguna vez los cubrieron, y que ayudaron a formarlos al entrar y salir a lo largo de los siglos.

En la cumbre de La Campana, disputándose la propiedad de las hendiduras rocosas, observa líquenes tiernos y musgos muy antiguos.

«¿Quién puede evitar asombrarse al pensar en la potencia que ha levantado esas montañas y, más aun, en los siglos sin número que han sido necesarios para levantar, para allanar partes tan considerables de esas colosales masas?», se pregunta.

Después de dejar La Campana, el grupo recorre los alrededores de Quillota y San Felipe, cuya sucesión de huertos cautiva a Darwin.

¹⁷ En *Darwin en Chile (1832-1835)*, el profesor David Yudilevich señala que el ave llamada «chotacabras» correspondería a la gallina ciega, o «plasta».

El 21 de agosto entran en el valle de Jahuel, donde hay una mina de cobre, administrada por un minero de Cornwell (Escocia), que le llama la atención.

El país parece poseído por una fiebre del mineral. Darwin toma nota de que sigue en vigencia una ley española que entrega licencia inmediata de explotación a la persona que descubra una mina, previo pago de cinco chelines. La normativa también autoriza a profundizar la búsqueda en el terreno cercano al supuesto hallazgo, «aunque sea en el jardín o huerto del vecino», como precisa el naturalista.

Se queda cinco días en Jahuel, entre conversaciones sobre procedimientos de extracción e investigación geológica por el sector, martillo en mano. El escocés administrador de la mina lo acompaña a recorrer el interior. Observan bancos de nieve y escapan por poco de una tormenta.

Esta primera travesía por Chile central va a durar unos cuarenta días. El plan de Darwin es dirigirse hacia el sur hasta Santiago, para reunirse con Corfield, quien se animó a acompañarlo ante la idea de las tertulias santiaguinas. Después, su idea es llegar hasta Rancagua e iniciar desde allí el retorno a Valparaíso, donde está el *Beagle*.

El camino a Santiago comienza bajo el auspicio de lo que Darwin llama «un día típicamente chileno»: cielo limpio, aire fresco y tibio. El 27 de agosto, antes de que los pille la noche, entran al galope a la capital.

Está claro que las ciudades no fueron los objetos de estudio que más interesaron a Darwin durante su viaje. Generalmente las despachó en dos o tres párrafos descriptivos, en los que incluía una que otra observación social o urbana. Las más desarrolladas de la época, como Valparaíso y Santiago, le sirvieron para descansar, enviar o recibir correspondencia y buscar el contacto de la comunidad científica para intercambiar información.



Una concurrida vista del camino de Valparaíso a Santiago, por Claudio Gay.

Darwin disfruta su primera semana en Santiago, acompañado de su amigo Richard Corfield. Son dos ingleses de veinticinco años, respetables como científico y comerciante, y para ellos se abren los grandes salones. Se hospedan juntos en el hotel Inglés, y salen cada tarde a cenar con hombres de negocios y diplomáticos. Las noticias vuelan en la provincia, porque ya muchos saben de la llegada del *Beagle*, al mando de Fitzroy. Las conversaciones giran en torno de navegaciones y naufragios en el Estrecho de Magallanes y Cabo de Hornos.

Durante el día, el naturalista disfruta ascendiendo el cerro Santa Lucía, que marca el centro de una ciudad de pocas cuadras. La capital no le parece tan hermosa o extensa como Buenos Aires, si bien les encuentra semejanzas en su estructura.

Desde la década de 1820 los gobiernos chilenos se habían preocupado de contratar a extranjeros para que viajaran a conocer y explorar los territorios de la joven república, como una manera de consolidar la naciente identidad patria. El Director Supremo Ramón Freire contrató a los investigadores Bacler D'Albe y Carlos Lozier, entre otros. Una década después, el francés Claudio Gay fue requerido por el gobierno conservador de José Tomás Ovalle para emprender una ambiciosa labor de registro natural, político e histórico a través de un largo viaje científico por el país.



Vizcacha. Uno de los dibujos más conocidos de la fauna chilena retratada por Claudio Gay.

El trabajo de Gay llevaba cuatro años de desarrollo cuando Darwin llegó a Chile.

Obviamente, estaba enterado de la existencia de este colega francés, quien, igual que él, había dejado sus estudios de medicina en París para dedicarse a la entomología y la botánica, entre otras disciplinas.

A estas alturas del viaje, Darwin sabe que no es el único europeo recorriendo Chile con fines descriptivos para la historia natural. Más aun, le parece que en el país hay más naturalistas que carpinteros o zapateros. Él mismo les está pisando los talones a los franceses: primero a Alcides d'Orbigny, en la Patagonia argentina, y ahora a Gay, quien se encuentra de paso por Santiago antes de dirigirse a recorrer el sur del país.

En la mañana del jueves 28 de octubre se produce la cumbre de sabios. Darwin no habla francés ni Gay se desenvuelve en inglés, así que se entienden en español, materia en la que Gay le lleva ventaja.

«Míster Gay me dio hoy una copia de un informe con interesantes detalles sobre la geología de esta provincia, publicado por él mismo en *Annales des Sciences*», le cuenta por carta a Fitzroy.

Ambos estarán pendientes el uno de los resultados del otro durante toda la vida. En 1846 tienen la oportunidad de reencontrarse en Inglaterra, en la casa de su amigo común Joseph Dalton Hooker,¹⁸ pero Darwin declina la invitación. Por entonces, apenas salía de su casa y con frecuencia aludía a su mala salud para excusarse.

Durante su semana en Santiago, el naturalista trata infructuosamente de conseguir un plano del territorio comprendido entre Valparaíso y Rapel. Es la meta del próximo viaje. Confía en que Fitzroy pueda enviarle por carta un mapa de John Miers, si es que lo consigue en Valparaíso. Pero el documento que finalmente llega a sus manos es del viajero Alexander Caldcleugh, quien había recorrido la zona central en 1821 como parte de una misión diplomática de la Corona británica ante los estados de América del Sur. En 1825, Caldcleugh había publicado en Londres un libro sobre sus viajes por

¹⁸ Botánico, médico y explorador inglés (1817-1911), que navegó los mares antárticos en 1839, como cirujano del *Erebus*, capitaneado por sir James Clark Ross. Junto a Charles Lyell, fue quien más animó a Darwin para que hiciera pública la teoría de la evolución.

Brasil, Buenos Aires y Chile; su mapa sugiere a Darwin lugares y personajes que no puede dejar de conocer.

En esos días consigue otro documento de suma importancia. Con fecha 2 de septiembre de 1834, el Presidente Prieto extiende un salvoconducto que le permitirá viajar con la tranquilidad de que su misión no será obstaculizada y que recibirá ayuda de las autoridades correspondientes.

«El naturalista Carlos Darwin, como miembro de la comisión conferida por el gobierno de su ilustre majestad británica al comandante del buque denominado *Beagle*, Roberto Fitzroy, intenta visitar todos los puntos de la República que crea a propósito para llenar por su parte dicha comisión. En su consecuencia ordeno a los intendentes de las provincias, gobernadores, jueces, por cuyos territorios transitar y operar, no pongan al expresado naturalista el menor embarazo, antes bien le protejan y ayuden en cuanto penda de su arbitrio para el mejor éxito de sus interesantes operaciones», reza el pliego firmado por Prieto en la sala de gobierno.

Así aperado, el 5 de septiembre inicia la segunda excursión a caballo por el Valle Central, que lo llevará hasta San Fernando. Con la cordillera por un lado y otra serie de colinas elevadas por el otro, la comitiva se dirige hacia el sur. Después de cruzar con dificultad el tumultuoso río Cachapoal, Darwin dirige al grupo en busca de los baños calientes de Cauquenes, «celebrados durante tanto tiempo por sus propiedades medicinales». Las instalaciones de los baños, o termas, ubicados en un paraje solitario no carente de belleza, no son por entonces más que pozas flanqueadas por un par de casuchas muy pobres, las que custodia un encargado.

Se quedan cinco días, pero no de entretenidos, sino porque se desata una lluvia que les impide moverse. Una vez finalizado el charrón retoman el viaje.

La leyenda de la banda de los Pincheira, que Darwin oyó por pri-

mera vez en Argentina, los acompaña por el valle del Yeso. «Pincheira es un jinete de primer orden, así como todos sus compañeros, porque él tiene por principio invariable romperle la cabeza a cualquiera que no pueda seguirle», comenta.

Los cóndores, cuya presencia había extrañado, aparecen un día sobre una alta cumbre. Son por lo menos veinte. Uno de los guías chilenos comenta que posiblemente merodean el cadáver de una vaca muerta por un puma. Les temen. Darwin recuerda la historia oída en Jahuel acerca de humanos asesinados por el león; reflexiona que ese comportamiento antinatural puede deberse a la ausencia de presas salvajes, a las que deben reemplazar por ganado, y que en esas circunstancias los pumas pudieron aprender a cazar a los hombres.



El cóndor chileno. Fotografía de Rodrigo Reyes.

En la travesía distingue muchas aves, entre ellas dos especies de picaflores, turcas y tapaculos, de cuyo nombre se burla con Syms Covington, porque la cola más que levantada del pajarito se contradice abiertamente con su nombre. Tendrá más que decir sobre estas especies una vez de regreso en el *Beagle*, cuando pueda diseccionarlos y estudiarlos.



Picaflor. Fotografía de Harald Kocksch.

Cerca de Rancagua, a mediados de mes, gozan de la hospitalidad del señor Nixon, un norteamericano que es dueño de las minas de oro de Yaquil. Mientras recorren el lugar en su compañía, Darwin, que se siente un poco tras las huellas de Claudio Gay, divisa las islas flotantes del lago Tagua Tagua, descritas por el francés en el documento de 1833 que éste le había entregado. Los islotes, de forma circular, están compuestos por plantas muertas cuyos tallos se

entrecruzan; otras hierbas crecen sobre la superficie. Los jinetes las usan de puente improvisado para atravesar el lago.

Hacia el oeste, sobre la cordillera de los Andes, se yergue la silueta del volcán Descabezado.

Durante una de las cuatro noches que Darwin pasó en casa de Nixon, reciben la visita de dos distinguidos vecinos de la localidad de Ranquil: un naturalista alemán de apellido Renous y un anciano abogado criollo. El alemán, en un castellano tan excelente que pasa por nativo, se dedica a hostigar al abogado para probarle a Darwin su punto de vista sobre lo incomprensible que es el oficio que ambos comparten. Le pregunta con qué fin el rey de Inglaterra gasta dinero en enviar hasta el país a un hombre que se dedica a recolectar reptiles y escarabajos y a torturar las piedras con un martillo. Logra sembrar la duda en el hombre mayor, quien comenta con solemnidad que le parece que allí hay un gato encerrado,¹⁹ porque si desde Chile se enviara a un especialista a hacer la misma investigación a Europa, seguro que lo devolverían con viento fresco.

A Darwin la observación le divierte, considerando que viene de un representante de las clases altas y supuestamente instruidas del país. Renous agrega una anécdota personal: años atrás había sido arrestado por confiarle unas orugas a una niña de San Fernando y pedirle que se las cuidara en su ausencia, mientras se convertían en mariposas. La iglesia y el gobierno local determinaron que andaba en cosas de hereje y lo retuvieron unos días.

Aceptar la hospitalidad de Nixon le pasa la cuenta a Darwin. Algo que comió le cae fatal. Sigue la expedición a media marcha por las llanuras cercanas al valle del río Tinguiririca, que le sorprenden por sus diferentes niveles y por la cantidad de cuevas que se observan en ellas. En Navidad se hospeda en una hacienda. El naturalista anda

¹⁹ Mostrando sus avances con el español, Darwin traduce lo que entendió de la aseveración del abogado como «there is a cat shut up here».

apenas, pero consigue coleccionar conchas marinas de las capas terciarias en la playa. Se suceden unos días de sufrimiento miserable que no se alivia en las noches, ya que debe dormir a la intemperie sacudido por los tiritones de la fiebre y una colitis endemoniada.

El 25 de septiembre logra llegar a Casablanca, desde donde envía a alguien de la comitiva para que le consiga un carruaje. En calidad de bulto comparece en la casa de Corfield.

La enfermedad de Darwin es uno de los primeros casos documentados de «chilenitis» (o «maldición de Moctezuma», entre quienes la han padecido en México), esa violenta dolencia estomacal que afecta a los extranjeros, a veces tan solo por probar el agua. Darwin sospecha de la chicha que consumió en casa de Nixon,²⁰ ya que su estadía había coincidido con los festejos de la independencia patria.

Le cuesta un mes de cama, bajo los cuidados del señor Bynoe, el cirujano del *Beagle*, quien le administra, quizás erradamente, algunos purgantes y le ordena reposo. Pese a su enfermedad, se las compone para despachar a Inglaterra dos toneles llenos de huesos y piedras, un frasco grande y una caja con seis botellas llenas de especímenes valiosos.

Pero todavía le quedan ánimos para seguir proyectando excursiones por el Valle Central, siguiendo la línea de los Andes.

En marzo de 1835, Darwin realiza su tercer viaje por la cordillera, el más ambicioso de todos, porque incluye cruzarla y llegar hasta la ciudad argentina de Mendoza. Está ilusionado con poder conectar la geología de la parte baja de Chile con las alturas de los Andes. Mientras él hace la excursión, el bergantín se queda en Valparaíso para tratar de recuperar las anclas que ha perdido en la última etapa y que necesita para concluir el reconocimiento de las costas del sur.

²⁰ Le llama «Chichi» en una carta a su hermana Caroline, el 13 de octubre de 1834. Describe la bebida como un vino nuevo, amargo y de cuerpo flojo.

El punto de partida es Santiago, hasta donde se traslada en un carruaje. En la capital se produce otro encuentro de viajeros destacados, porque Alexander Caldcleugh, radicado allí, le ofrece alojamiento en su casa y, una vez más, le da instrucciones y sugerencias para la expedición y le ayuda con los preparativos.

El 18 de marzo, Darwin enfila hacia Portillo, acompañado por Covington, Mariano González, un arriero, diez mulas (cuatro como monturas y seis para llevar el equipaje y la comida) y una yegua muy mansa que lleva una campanilla y que tiene la función esencial de evitar que la tropilla se disperse. A Darwin le gustan las mulas, una cruce de burro y yegua que integra lo mejor de ambas especies. «Siempre me ha parecido la mula un animal sorprendente. Un híbrido que posee más raciocinio, más memoria, más valor, más afección social, más potencia muscular, que vive más tiempo que cualquiera de sus parientes; he aquí que me parece que, en este caso, el arte ha sobrepujado a la naturaleza», comenta.

En la tarde llegan al valle del Maipo, rodeado de montañas, estrecho pero muy fértil, como atestiguan los caseríos llenos de vides, manzanos, duraznos y naranjos, cuyas ramas están quebradas por el peso de los frutos.

Deben pasar ante un solitario oficial de aduanas, quien despliega toda su amabilidad ante el salvoconducto presidencial exhibido por Darwin. Éste se admira por lo protegido que está el ingreso o la salida del país por la cordillera, y comenta la gentileza del funcionario que revisa el equipaje de todo el grupo.

En la montaña, como siempre, disfrutan de la vida al aire libre. Sus preocupaciones son pedir leña o pasto para sus animales y permiso para acampar en los terrenos de las modestas chozas que van encontrando a lo largo del camino. Además de comida para un regimiento, llevan una marmita para cocinar que les asegura independencia.

Las terrazas de cantos redondos y arena, con sus guijarros estrati-

ficados en capas gruesas, atraen poderosamente a Darwin. Las ve en los valles escondidos de la cordillera y piensa que sin duda debieron formarse por acción del mar y que luego se acumularon, poco a poco, en la medida en que la cordillera se elevaba. Está convencido de que la imponente cadena montañosa es mucho más antigua de lo que se cree, y que su alzamiento fue tan paulatino como el de las costas.

Desde las alturas, Darwin se deleita con el rugido del Maipo, que se aleja hacia el mar y suena como si lo fuera. Por debajo del estruendo, como campanitas ocultas en el fondo del océano, percibe el entrecho-car de los cantos o piedras redondeadas que forman el lecho del río. «¿No es el océano la eternidad para esas piedras?», se pregunta.

Muchas veces su entusiasmo por la geología lo vuelve todo un poeta.

En la cordillera conoce las minas de plata de San Pedro de Nolasco, escondidas entre la roca rojiza y desnuda. El paisaje es impresionante, pero riguroso. Ve a los arrieros que llevan animales en ordenados tropeles a los pastos de invierno, lo que indica la proximidad del frío y la nieve. Sus compañeros de viaje le cuentan a Darwin que son ellos, los hombres de las montañas, los que encuentran los yacimientos minerales, porque conocen el rudo territorio como la palma de sus manos.

Cuando, el 21 de marzo, alcanza la sierra de Peuquenes, a 3.960 metros sobre el nivel del mar, Darwin descubre cientos de conchas y fósiles marinos en las capas inferiores. Casi se lo esperaba, pero siempre es asombroso encontrar restos de vida marina tan cerca del cielo. Por el lado argentino, en cambio, predomina el granito rojo. El naturalista concluye que esta formación, de 4.292 metros, es algo más nueva que Peuquenes, y le llama la atención que sea más alta.

Está tan entusiasmado por su trabajo en terreno que, para sorpresa de sus compañeros, que lo juzgaban más enclenque, no da señales

de apunamiento. Lo único que experimenta es una leve pesadez en el pecho y en las sienes, como si hubiese entrado en una atmósfera helada después de pasar un rato en una habitación calurosa.

La vista desde las cumbres es grandiosa: los valles profundos, el corte afilado y caprichoso de los cerros coronados, las rocas de distintos colores que brillan bajo el sol, los manchones de nieve siguiendo la dirección de la ladera. Los cóndores planean en las alturas, casi únicos representantes visibles de vida animal en la zona.

Le es difícil describir la impresión que le produce el paisaje. Todas las penurias del largo viaje desde Inglaterra adquieren sentido y hacen que la experiencia valga la pena. El aire es fresco y transparente, las distancias se confunden y reina una tranquilidad de otro mundo.

Es su momento a solas con la montaña, cuya grandeza le hace evocar la furia de una tempestad austral y la sublime interpretación a toda orquesta de un coro de *El Mesías*.

Al día siguiente, mientras avanzan hacia Argentina, la comitiva se detiene, perpleja, frente a una extraña escultura de hielo que encuentran en el valle cercano al volcán Tupungato: prisionero al interior de una columna helada hay un caballo con las patas en alto. Tras un momento de contemplación, todos acuerdan que cayó en un agujero tapado por la nieve y que el deshielo hizo el resto.

El 27 de marzo llegan a Mendoza, que a Darwin le recuerda el Valle Central de Chile por la fertilidad de sus tierras. La encuentra tristona y decide que le gusta más Santiago.

El paso de Uspallata, al norte de Mendoza, es su ruta de retorno al país. En el poblado de Villavicencio, al que arriban muertos de sed el 30 de marzo, realiza el segundo hallazgo de importancia de esta expedición. La composición de la sierra de Uspallata, conformada por diversos tipos de lavas submarinas, más asperón volcánico y otros sedimentos, lo lleva a buscar un bosque petrificado, porque sabe que son típicos de estas formaciones.

Unos cincuenta árboles, muertos en pie, blancos como la nieve, aparecen en una ladera. Quizás en otra vida fueron araucarias que mecieron sus ramas sobre el océano, hasta que éste sepultó bajo sus aguas el terreno volcánico que los sostenía.



Diversae lignorum petrifactorum species,
de Albertus Seba.

Pese a que le roban la valiosa yegua de la campanilla, Darwin regresa dichoso a Santiago. La vista de los bosques de quillay le quita del alma la impresión severa del paisaje cordillerano. Se anima más aun pensando en el confortable salón con chimenea y la buena cena que le esperan donde Caldcleugh, quien le ha ofrecido su casa para reponerse de la travesía. Ningún montañista de la actualidad dejaría de sentirse identificado con sus deseos.

La expedición ha durado veinticuatro días. Aunque está pobre como una rata y tiene un montón de trabajo por hacer, el naturalista

no trepida en afirmar que éste ha sido su mejor viaje por Chile. El más disfrutado y el más fructífero.

«He visto paisajes más hermosos, pero ninguno de una personalidad tan marcada. Para un geólogo hay pruebas manifiestas de violencia excesiva, los estratos de las altas cumbres están despedazados como la corteza de un pastel», escribe a su hermana Susan.

Y, disculpándose por aburrirla con detalles geológicos, le expone sus principales conclusiones: además de entender hasta cierto punto la fuerza que ha elevado la doble línea de montañas, puede demostrar claramente que una parte de ella es más antigua que la otra. Y no solo eso; también está en condiciones de describir el tipo y el orden de las rocas que la componen, algunas de ellas únicas en el mundo. Piensa que con los fósiles que ha encontrado será posible calcular la edad de esas montañas, al compararlos con los estratos europeos, y que los árboles petrificados, alguna vez sobre el nivel del mar, serán un aporte para la teoría de la formación del planeta.

CHILE EN LOS OJOS DE DARWIN

Veinte meses de viaje por el país físico y humano

Charles Darwin hizo un solo viaje largo en su vida. Pero la travesía del *Beagle*, uno de los itinerarios más famosos de la historia, fue la materia prima indispensable para la elaboración de una idea genial, una idea que marcaría para siempre a un hombre extraordinario y revolucionaría la ciencia y la comprensión de nuestro devenir sobre la Tierra. De esa expedición, veinte meses los pasó Darwin en Chile, país que conoció de la cordillera al mar, desde el indómito sur al desierto nortino, sumergiéndose con intensidad en la historia natural de la cordillera de los Andes, el Cabo de Hornos, el bosque valdiviano, nuestro fértil valle central y los campos verdes y lluviosos de Chiloé. Aquí, la naturaleza desplegó ante el joven británico los espectáculos reservados a estos parajes –terremotos, volcanes en erupción y desprendimientos glaciares–, aunque también le proporcionó momentos de plácida contemplación que no hicieron sino iluminar las asociaciones que poco a poco iban dibujándose en su mente. Ésta es la crónica de lo que vio, descubrió y pensó Charles Darwin durante su paso por Chile.

ISBN: 978-956-304-063-0

